

En Africa, la conmemoracion de muchos santos mártires, que, por exhortar á san Numidico en la persecucion de Valeriano, fueron arrojados al fuego, y alcanzaron la palma del martirio. En cuanto á san Numidico, á pesar de haber sido echado en el fuego con los otros y apedreado, su hija retiró el cuerpo que todavía alentaba, y le curó. En lo sucesivo, su virtud llamó la atencion de san Cipriano, que le elevó á la dignidad de presbitero de la iglesia de Cartago.

En Constantinopla, san Julian, san Marciano con otros ocho mártires, á quienes el impío emperador Leon atormentó de mil maneras, haciéndolos por último decapitar, porque habian puesto una imagen del Salvador en la puerta de bronce.

En Chalons, san Domiciano, obispo y confesor.

En Brives-la-Gaillarde en el Limosin, san Martin de Brives.

En Ceuzay en el Maine en el arcedianato de Passais, san Ernie, confesor.

En el Franco Condado, san Amor y san Viastro, á quienes quitaron la vida con crueldad.

En Ruan, el venerable Maurillo, obispo, á quien Juan de Abrantes dedicó su libro de los Oficios eclesiásticos.

En Egipto, san Antonio de Alejandria, muerto mártir en una hornaza.

En Abruzo, san Fauques, solitario.

La misa es en honor de los santos hermanos, y propia para manifestar la grandeza de su triunfo en su tierna edad, y la oracion la siguiente:

Deus, lactentium fides, spes infantium, charitas puerorum; qui per innocentum tuorum Justí et Pastoris laudem cunctos provocas ad salutem: in O Dios, que sois la fe de los que todavía están mamando, la esperanza de los infantes y la caridad de los niños, y que por medio de la alabanza de tus

funde in nobis, quæsumus, puritatem lactentis infantia; ut, dum sensu justitia; parvulis adæquamur, in illa remuneratione fidelium cum sanctis pariter gloriemur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

santos inocentes Justo y Pástor estimulas á todos á conseguir la salud eterna: suplicámoste que infundas en nosotros la pureza de la infancia, para que, igualándonos á los niños en los sentimientos de justicia, nos gloriamos con los santos en la remuneracion que destinais á los que os son fieles. Por nuestro Señor Jesucristo....

La epistola es del cap. 7 del Apocalipsis de san Juan.

In diebus illis: Respondit unus de senioribus, et dixit mihi: Hi, qui amicti sunt stolis albis, qui sunt? et unde venerunt? Et dixi illi: Domine mi: tu scis. Et dixit mihi: Hi sunt, qui venerunt de tribulatione magna, et laverunt stolas suas, et dealbaverunt eas in sanguine Agni. Ideo sunt ante thronum Dei, et serviunt ei die ac nocte in templo ejus: ei qui sedet in throno, habitabit super illos: non esurient, neque sitient amplius, neque cadet super illos sol, neque ullus aestus. quoniam Agnus Dei, qui in medio throni est, reget illos, et deducet eos ad vitæ fontes aquarum, et absterget Deus omnem lacrymam ab oculis eorum.

En aquellos días: Respondió uno de los ancianos, y me dijo: Estos que están vestidos de estolas blancas, ¿quiénes son? ¿y de dónde vinieron? Y yo le respondí: Mi Señor, tú lo sabes. Y él me dijo: Estos son aquellos que vinieron de una gran tribulacion, y lavaron sus estolas, y las emblanquecieron en la sangre del Cordero: por esto están delante del trono de Dios, y le sirven dia y noche en su templo; y el que está sentado en el trono, habitará sobre ellos: no tendrán ya mas hambre, ni sed, ni caerá sobre ellos el sol, ni otro algun calor, por cuanto el Cordero, que está en medio del trono, los gobernará y los guiará á las fuentes de agua de vida, y enjugará Dios todas las lágrimas de sus ojos.

REFLEXIONES.

El no considerar los hombres la grandeza y certidumbre de las divinas promesas, los hace desconfiar de sí mismos y aumentar la debilidad de sus propias fuerzas, con cobardía y apocamiento, efecto de su ceguera. Cuando se fijan los ojos en los hechos grandes que ofrece la historia de los primeros siglos de la Iglesia, no puede menos de complacerse el cristiano al ver que, aunque por el pecado del primer hombre perdió su naturaleza todas las fuerzas para las obras sobrenaturales, Jesucristo por medio de su poderosa gracia le ha elevado á un grado de poder, capaz de desafiar, no solamente á los tiranos, sino á toda la furia del abismo. Causan admiracion tantos esforzados mártires que renunciaron gustosos á las delicias de la vida y á las opulencias de la fortuna. Los mismos verdugos se estremecian viendo la constancia de un Lorenzo en las parrillas, y de un Ignacio entre los leones. Aun el sexo frágil, incapaz en lo humano de dar oídos á otras sugerencias que las del miedo y el terror, se ha visto pendiente en el ecúleo y en la cruz mirar sus llagas con semblante risueño, y reputarse mas venturoso cuando perdía su vida entre indecibles tormentos, que lo sería en el lecho nupcial entre los bienes y delicias del mundo. Pero el espectáculo que nos ofrecen hoy san Justo y Pastor, es un ejemplar que excede á todos los dichos, y certifica al cristiano de lo mucho que puede, no con sus propias fuerzas sino con la gracia de Jesucristo. A la verdad, sorprende el ver á unos niños, en cuyos corazones apenas podian haber otras ideas que las de la diversion y la frusleria, concebir el grande proyecto de sacrificar sus vidas en testimonio de la fe, y con el piadoso designio de que su triunfo animase á los

demás fieles y sorprendiese al tirano. Tan sublimes ideas jamás las produjo el decantado entusiasmo del honor, y mucho menos la severidad de la filosofía. Solo la gracia de Dios, que da al hombre unas fuerzas correspondientes á la omnipotencia de su autor y unos pensamientos dignos de la sabiduria infinita, es capaz de hacer semejantes milagros, trasformando una naturaleza frágil y miserable en un ser grande, magnífico y al parecer omnipotente; de manera que solo por este respeto pudiera verificarse lo que dice el Profeta: Vosotros sois dioses, é hijos todos de Excelso.

Pero los hombres bien hallados con su miseria y sin el ánimo necesario para ahuyentar la flaqueza de su corazón, se ciegan voluntariamente para no percibir las obras maravillosas de la gracia. Por el contrario, cuando fijan la vista en los heróicos ejemplos que nos dejaron los santos, llegan á intimidarse de manera que se hacen un retrato parecido al de los exploradores de la tierra de promision. Todo lo miran con el microscopio de la cobardía, que les abulta portentosamente los objetos. Ven monstruos, fantasmas, y espectros, en donde realmente no hay mas que flores y delicias cuando se mira con una vista que no está enferma. Desengáñate, ó cristiano: la virtud no es otra cosa que el mismo Dios: su ley santa es indistinta de su misma esencia. De consiguiente, la virtud, el bien y las reglas del bien obrar, son las mismas é inmutables para todos, porque Dios tiene esencialmente este carácter para con todos los hombres. Haces una gravísima injuria á su justicia, á su bondad y á su omnipotencia, si piensas que ha sido distinto con los mártires, franqueándoles sus gracias y sus promesas, y negándotelas á tí. El mismo Dios que dió fortaleza á los niños para desafiar y vencer á los tiranos, ese mismo Dios está siempre á tu lado, protegiéndote

con su sombra, y extendiendo su fuerte brazo para que no prevalezcan contra tí tus enemigos, que lo son también suyos. Solo se necesita que no pongas óbice de tu parte á sus misericordias; y en tal caso, ni puedes dudar que te franqueará la abundancia de sus gracias, ni qué con ellas llegarás á desechar la cobardía y emprender acciones gloriosas.

El evangelio es del cap. 11 de san Mateo.

In illo tempore respondens Jesus, dixit: Confiteor tibi, Pater, Domine celi, et terræ: quia abscondisti hæc à sapientibus, et prudentibus, et revelasti ea parvulis. Ita, Pater: quoniam sic fuit placitum ante te. Omnia mihi tradita sunt à Patre meo. Et nemo novit Filium, nisi Pater: neque Patrem quis novit, nisi Filius, et cui voluerit Filius revelare. Venite ad me omnes, qui laboratis, et onerati estis, et ego reficiam vos. Tollite jugum meum super vos, et discite à me, quia mitis sum et humilis corde: et invenietis requiem animabus vestris. Jugum enim meum suave est, et onus meum leve.

En aquel tiempo respondió Jesus, y dijo: Glorificote, ó Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas á los sabios y prudentes, y las has revelado á los párvulos. Sí, Padre, porque esta ha sido tu voluntad. Todo me lo ha entregado mi Padre. Y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce alguno sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo lo quisiere revelar. Venid á mí todos los que trabajais, y estais cargados, y yo os aliviare. Llevad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí que soy dulce y humilde de corazón, y hallaréis el descanso de vuestras almas. Porque mi yugo es suave, y mi carga es lijera.

MEDITACION.

SOBRE LA GRANDEZA DE LA RELIGION CRISTIANA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la divina religion que instituyó Jesucristo, es tan noble en sus máximas, tan sublime en sus preceptos, tan verdadera en sus promesas, y en sus efectos tan admirable, que esto mismo acredita su grandeza, y aun á los ojos mas ofuscados se presenta como superior á cuantas religiones ó sectas abrazan los hombres por tenacidad, por malicia ó por capricho.

No se puede dudar que las máximas y leyes de esta religion sacrosanta son las mas conformes á la razon natural, cuando esta no se ha dejado corromper de los vicios. La razon natural dicta que el mundo no se pudo hacer á sí mismo, que debe tener un principio sin principio, una causa eterna y omnipotente que le produjo de la nada; en una palabra, que hay un Dios criador. La misma luz natural dicta que á este Dios criador se le debe adorar y servir, que deben obedecerse sus leyes, que deben impetrarse sus gracias, y que nuestros corazones se deben deshacer en acciones de gracias, porque nos dió el ser que tenemos como omnipotente, y nos le conserva como bueno y misericordioso. La misma razon natural nos enseña que una alma libre, espiritual é inmortal, capaz de recibir eternos galardones ó eternos castigos, no puede provenir sino de un ser infinitamente bueno y justo, que quiso gratuitamente distinguir al hombre de esta manera respecto de las demás criaturas, haciéndole semejante á los mismos ángeles. La razon natural dicta

que un Dios infinitamente bueno debe ser amado sobre todas las cosas, sin permitir que se traspasen aquellas leyes que prescriben su honor y su respeto. Ultimamente, dicta la razon natural que el hombre debe amar á sus semejantes, procurándoles todos los bienes y excusándoles todos los males, teniendo por regla fija, no hagas á otro lo que no quisieras que fuese hecho contra tí. Todas estas verdades primeras, que son el cimiento en que estriba la religion cristiana, han sido conocidas de los filósofos gentiles; de manera que en ellas han establecido cuanto se encuentra en sus libros de sólido y verdadero. Pero la religion cristiana ha ensalzado estas mismas verdades, y sacándolas de su esfera, les ha dado el carácter de sobrenaturales, enseñando al cristiano que puede creerlas por motivos superiores á toda la naturaleza, cuales son la suma veracidad de Dios y la infalibilidad de su Iglesia; que son los puntos cardinales de la firmeza y seguridad de nuestra fe.

Si se compara la excelencia de este modo de pensar con los desaciertos que ha adoptado el entendimiento humano, es preciso confesar que la excelencia de nuestra religion se aventaja tanto sobre las otras, cuanto dista la luz de las tinieblas, el bien del mal, y una criatura infeliz de un Criador eterno é infinito. ¿Qué monstruosidades no adoptaron los gentiles por puntos de religion? ¿Qué criatura por infima y despreciable que fuese no les mereció el carácter de la divinidad, tributando adoraciones y sacrificios á los insectos mas inmundos y á los entes mas insensibles? Se horroriza la imaginacion cuando se le presentan los monstruos que adoraron los Egipcios, los hombres y mujeres viciosas que tuvieron los Griegos por divinidades, y la confusa indiscrecion con que los Romanos abrazaron los errores de todo el mundo. Aun se horroriza mucho

mas al ver la bajeza é insulsez de sus sacrificios, y la crueldad con que hacian víctimas á los hombres de unas divinidades que eran muy inferiores á ellos. Si se junta á estas consideraciones la reflexion de la suma ceguedad que han debido tener los hombres para llegar á negar un Ser supremo y hacerse ateistas, se ve mas claramente que la religion cristiana, sobre todas sus preeminencias, tiene el singular privilegio de ilustrar el entendimiento para que no adopte los errores, sino antes bien conozca y abrace las verdades. Así se verifica aquella magnífica promesa que hizo Dios á su pueblo por el profeta Isaías diciendo (cap. 42): *Guiaré á los que están ciegos por un camino que ignoran, y haré que dirijan sus pasos por unos senderos que jamás conocieron: haré que las tinieblas se conviertan delante de ellos en luz, y los caminos torcidos en sendas derechas y seguras.* De esta felicidad gozan los que profesan la religion cristiana, y esta misma felicidad es la que acredita su grandeza.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la religion cristiana no solamente ilustra el entendimiento para conocer las primeras verdades, sino que además dirige la voluntad, prescribiéndole reglas y leyes santísimas con que conformar sus operaciones, y la inflama para que deteste el vicio y abrace la virtud.

Todos los preceptos de las demás religiones son preceptos de carne y sangre; leyes terrenas, que no tienen otro objeto que la adquisicion de bienes temporales, y por legitima consecuencia la depravacion de las costumbres. Así se ve que todos sus héroes son los héroes del vicio, y si tal vez acertaron con alguna virtud moral, como les faltaba la luz verdadera, ó la dirigieron á fines pe-

caminosos, ó la mancharon con la vanidad y con el amor de sí mismos. Unas veces se los ve robando los estados; otras tiranizando á sus prójimos; otras convirtiendo en daño de sus semejantes los dones de la naturaleza; y otras en fin, sacrificando á la vanidad de parecer sabios, políticos y elocuentes la felicidad de reinos enteros. Con máximas tan depravadas ningun otro efecto se podia producir que la subversion de los estados, la infelicidad de los pueblos, y una comun desventura aun en aquellos mismos que procuraban su dicha á costa del daño ajeno. Pero ¿qué felicidad no tendria el mundo, si todos observasen exactamente los preceptos del Evangelio? Mírense atentamente todas sus máximas, y se hallará que todas conspiran á la felicidad de los hombres. Los soberanos son enseñados á mirar á sus súbditos como otros tantos hijos, á procurarles todos los bienes, y á conocer que todo el esplendor y gloria de este mundo pasa como una sombra, y que así como en el nacimiento son iguales los monarcas al hombre mas infimo de la plebe, de la misma manera vendrá un día en que la muerte vuelva á renovar esta igualdad, pero con unas terribles consecuencias. Los vasallos aprenden en el Evangelio que deben amar, respetar y obedecer á sus reyes y superiores, conociendo que su potestad es de Dios, y que no deben escasear la obediencia ni el tributo á aquellos á quienes con la mayor sumision y obediencia ofreció uno y otro el Hijo de Dios hecho hombre. Además de esto, ¡qué fidelidad, qué paz y mútua correspondencia no se encontraria en los matrimonios! ¡qué honestidad, amor y sencillez no se veria en las mujeres! ¡qué juicio, probidad y entereza no se advertiria en los hombres! ¡qué humildad, docilidad y sumision en los hijos de familia! ¡qué fidelidad, solicitud y esmero en los criados! y en una palabra, ¡qué union, qué

armonía, qué caridad en todos los individuos del pueblo cristiano! Lejos de parecer el mundo un confuso caos, animado del desorden, seria una mansion de felicidad, en donde todos los hombres vivirian contentos con su suerte y no menos gozosos de la de sus hermanos. Sus virtudes se numerarian por sus acciones, y el nombre de vicio seria una voz desconocida en sus causas y sus efectos.

Esta pintura, que parece algo lisonjera, es un retrato verdadero de los influjos de las máximas cristianas sobre las acciones de los hombres: es una consecuencia necesaria de las reglas divinas que estableció Jesucristo, y es una prueba convincente de la sublimidad y grandeza de una religion que modera las pasiones humanas, hace amable la virtud y llena la voluntad de un fuego activo para practicarla. Si á esto se llega aquella fuerza sobrenatural que da la gracia para acometer empresas maravillosas, cuales fueron las de todos los mártires, y singularmente entre todas la de san Justo y Pástor, resulta que la religion cristiana es no solamente grande en sus preceptos, sublime en sus verdades y magnífica en sus promesas, sino sobrenatural y divina en sus obras.

JACULATORIAS.

Quàm magnificata sunt opera tua, Domine! Nims profunda sunt cogitationes tuæ! Salm. 91.

¡Qué grandes son, Dios mio, todas tus obras! ¡Y qué escondidos todos tus pensamientos.

Domino factum est istud, et est mirabile in oculi nostris. Salm. 117.

Es preciso confesar que toda nuestra religion es una obra de nuestro Dios, y que, por cualquier aspecto que se la mire, es maravillosa á nuestros ojos.

PROPOSITOS.

Todas las criaturas de que consta este mundo as-
pectable, nos están provocando à reconocer la gran-
deza y omnipotencia de nuestro Dios. Todas ellas
parecen otras tantas lenguas que nos hablan de su
bondad, de su misericordia, de su beneficencia y
de todos sus atributos. Los cielos, decia el real Pro-
feta, predicán la gloria de Dios, y el firmamento mis-
mo nos está anunciando las obras de sus manos. Todo
este conjunto de obras maravillosas está excitando al
hombre para que tribute à su Hacedor alabanzas con-
tinuas. Pero siendo la religion obra mucho mas ma-
ravillosa que la creacion del mundo, y mas prove-
chosa para nosotros que todas las producciones de la
naturaleza, se hace preciso concluir que por este
inestimable beneficio debemos emplearnos en conti-
nuas acciones de gracias à nuestro Dios. Debemos
darle gracias por habernos manifestado tan clara-
mente las verdades en las sagradas Escrituras; por
haber enviado su Hijo unigénito à romper la cadena
de nuestra antigua servidumbre; por haber instituido
una religion santa, pura, inmaculada y sublime; por
haberla confirmado con tantos milagros de su omni-
potencia; y últimamente, por habernos dado tantos
festigos de su verdad, cuantos son los mártires que
derramaron generosamente la sangre en su defensa.

Estas debieran ser las principales ocupaciones de
un cristiano, y estos los grandes motivos por que ma-
nifestase à Dios su gratitud. Pero ¿son estas las accio-
nes en que ocupas tu vida? te ha venido frecuente-
mente al pensamiento dar gracias à tu Dios por el
incomparable beneficio de haberte hecho cristiano?
tus gozos, tus complacencias, ¿se han manifestado
alguna vez por la consideracion de ver que profe-



S. LORENZO, M.

sas una religion tan grande y tan segura como es la religion cristiana? Regularmente este pensamiento está muy lejos de los hombres. Dan á Dios gracias porque ha libertado de la enfermedad á un hijo protorvo, que será un manantial de penas para sus padres y una afrenta para el cristianismo. Se le dan gracias por la conservacion de la vida, por la restauracion de la hacienda, por la obtencion de puestos y dignidades en que pelagra la salvacion del alma. Nuestros ojos terrenos apenas saben levantarse del lodo y de la inmundicia que los rodea. Solemos estimar por verdaderos bienes lo que, atendida la corrupcion de nuestras pasiones, es ocasion de nuestra desventura. Levanta, pues, ó cristiano, las atenciones de tu alma, y fijalas en tu Dios. Adora con sumision sus obras maravillosas, principalmente aquellas que están ordenadas á la santificacion de tu espiritu; y entre las ocupaciones de tu vida, sea desde hoy una de las principales, el ser á Dios agradecido por haberte hecho profesar la religion cristiana.

DIA DIEZ.

SAN LORENZO, MÁRTIR.

Si España se gloria de haber dado cuna al ilustre mártir san Lorenzo; si hace Italia gloriosa vanidad de haber sido el teatro de su triunfo, tambien la Francia cuenta entre sus especiales honras la de reconocerle por uno de sus patronos, y entre sus mas estimables tesoros la de poseer una parte de sus preciosas reliquias.

Nació san Lorenzo hácia la mitad del tercer siglo, en Huesca, ciudad de España, en el reino de Aragon.